



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 1 de julio de 1987

"Abbá"

1. Posiblemente no haya una palabra que exprese mejor la autorrevelación de Dios en el Hijo que la palabra "Abbá-Padre". "Abbá" es una expresión aramea, que se ha conservado en el texto griego del Evangelio de Marcos (14, 36). Aparece precisamente cuando Jesús se dirige al Padre. Y aunque esta palabra se puede traducir a cualquier lengua, con todo, *en labios de Jesús de Nazaret* permite percibir mejor su contenido único, irrepetible.

2. Efectivamente, "Abbá" expresa no sólo la alabanza tradicional de Dios "Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra" (cf. *Mt* 11, 25), sino que, en labios de Jesús, revela asimismo *la conciencia de la relación única y exclusiva* que existe entre el Padre y Él, entre Él y el Padre. Expresa la misma realidad a la que alude Jesús de forma tan sencilla y al mismo tiempo tan extraordinaria con las palabras conservadas en el texto del Evangelio de Mateo (*Mt* 11, 27) y también en el de Lucas (*Lc* 10, 22): "Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo". Es decir, la palabra "Abbá" no sólo manifiesta el misterio de la vinculación recíproca entre el Padre y el Hijo, sino que sintetiza de algún modo toda *la verdad de la vida íntima* de Dios en su *profundidad trinitaria*: el conocimiento recíproco del Padre y del Hijo, del cual emana el eterno Amor.

3. *La palabra "Abbá"* forma parte del lenguaje de la familia y testimonia esa particular *comunidad de personas* que existe *entre el padre y el hijo engendrado por él*, entre el hijo que ama al padre y al mismo tiempo es amado por él. Cuando, para hablar de Dios, Jesús utilizaba esta palabra, debía de causar admiración e incluso escandalizar a sus oyentes. Un israelita no la habría utilizado ni en la oración. Sólo quien se consideraba Hijo de Dios en un sentido propio podría

hablar así de Él y dirigirse a Él como Padre. “*Abbá*” es decir, “*padre mío*”, “*papaíto*”, “*papá*”.

4. En un texto de Jeremías se habla de que Dios espera que se le invoque como Padre: “Vosotros me diréis: ‘padre mío’” (*Jer* 3, 19). Es como una profecía que se cumpliría en los tiempos mesiánicos. Jesús de Nazaret la ha realizado y superado al hablar de Sí mismo en su relación con Dios como de Aquel que “conoce al Padre”, y utilizando para ello la expresión filial “*Abbá*”. Jesús habla constantemente del Padre, invoca al Padre como quien tiene derecho a dirigirse a Él sencillamente con el apelativo: “*Abbá-Padre mío*”.

5. Todo esto lo han señalado los Evangelistas. En el Evangelio de Marcos, de forma especial, se lee que durante la oración en Getsemaní, Jesús exclamó: “*Abbá, Padre, todo te es posible. Aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieras*” (*Mc* 14, 36). El pasaje paralelo *de Mateo* dice: “Padre mío”, o sea, “*Abbá*”, aunque no se nos transmita literalmente el término arameo (cf. *Mt* 26, 39-42). Incluso en los casos en que el texto evangélico se limita a usar la expresión “Padre”, sin más (como en *Lc* 22, 42 y, además, en otro contexto, en *Jn* 12, 27), el contenido esencial es idéntico.

6. Jesús fue acostumbrando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra “Dios” y, en especial, la palabra “Padre”, significaba “*Abbá-Padre mío*”. Así, desde su infancia, cuando tenía sólo 12 años, Jesús dice a sus padres que lo habían estado buscando durante tres días: “¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas *de mi Padre?*” (*Lc* 2, 49). Y al final de su vida, *en la oración sacerdotal* con la que concluye su misión, insiste en pedir a Dios: “Padre, ha llegado la hora, glorifica tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti” (*Jn* 17, 1). “Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado” (*Jn* 17, 11). “Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí...” (*Jn* 17, 25). Ya en el anuncio de las realidades últimas, hecho con la parábola sobre el juicio final, se presenta como Aquel que proclama: “Venid a mí, benditos de mi Padre...” (*Mt* 25, 34). Luego pronuncia en la cruz sus últimas palabras: “Padre, *en tus manos encomiendo mi espíritu*” (*Lc* 23, 46). Por último, una vez resucitado anuncia a los discípulos: “Yo os envío *la promesa de mi Padre*” (*Lc* 24, 49).

7. Jesucristo, que “conoce al Padre” tan profundamente, ha venido para “dar a conocer su nombre a los hombres que el Padre le ha dado” (cf. *Jn* 17, 6) Un *momento* singular de esta revelación del Padre lo constituye la respuesta que da Jesús a sus discípulos cuando le piden: “Enseñanos a orar” (cf. *Lc* 11, 1). Él les dicta entonces la oración que comienza con las palabras “*Padre nuestro*” (*Mt* 6, 9-13), o también “Padre” (*Lc* 11, 2-4). Con la revelación de esta oración los discípulos descubren que ellos participan de un modo especial en la filiación divina, de la que el Apóstol Juan dirá en el prólogo de su Evangelio. “A cuantos le recibieron (es decir, a cuantos recibieron al Verbo que se hizo carne), Jesús les dio poder de llegar a ser hijos de Dios” (*Jn* 1, 12). Por ello, según su propia enseñanza, oran con toda razón diciendo “Padre nuestro”.

8. Ahora bien, Jesús establece siempre una distinción entre “*Padre mío*” y “Padre vuestro”.

Incluso después de la resurrección, dice a María Magdalena: “Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (*Jn* 20, 17). Se debe notar, además, que en ningún pasaje del Evangelio se lee que Jesús recomendar los discípulos orar usando la palabra “*Abbá*”. Esta se refiere *exclusivamente a su personal relación filial con el Padre*. Pero al mismo tiempo, el “*Abbá*” de Jesús es en realidad el mismo que es también “Padre nuestro”, como se deduce de la oración enseñada a los discípulos. Y lo es *por participación* o, mejor dicho, *por adopción*, como enseñaron los teólogos siguiendo a San Pablo, que en la Carta a los Gálatas escribe: “Dios envió a su Hijo... para que recibiésemos la adopción” (*Gál* 4, 4 y s.; cf. *S. Th.* III q. 23, aa. 1 y 2).

9. En este contexto conviene leer e interpretar también las palabras que siguen en el mencionado texto de la Carta de Pablo a los Gálatas: “Y puesto que sois hijos, *envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ‘Abbá, Padre’*” (*Gál* 4, 6); y las de la Carta a los Romanos: “No habéis recibido el espíritu de siervos... antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: *‘Abbá, Padre’*” (*Rom* 8, 15). Así, pues, cuando, en nuestra condición de hijos adoptivos (adoptados en Cristo): “hijos en el Hijo”, dice San Pablo (cf. *Rom* 8, 19), gritamos a Dios “Padre”, “Padre nuestro”, estas palabras se refieren al mismo Dios a quien Jesús con intimidad incomparable le decía: “*Abbá... , Padre mío*”.

Saludos

Mi más afectuoso saludo ahora a los peregrinos de España y América Latina aquí presentes. Ante todo me es grato saludar a las Religiosas Agustinas Misioneras, que asisten en Roma a un Encuentro Internacional Misionero, así como a un grupo de Religiosas de la Congregación “*Jesús y María*”. Asimismo dirijo mi cordial saludo a los numerosos estudiantes, en particular a los de los Colegios “*La Purísima*”, de Alcira, y “*Ramón Martí Soriano*”, de Vallada. Agradezco también la presencia en esta Audiencia de un grupo de señoras de la Acción Católica de Hermosillo (México).

En mis viajes pastorales por tierras de España y Latinoamérica he podido comprobar la gran devoción que se tiene a la Virgen Santísima. En este Año Mariano os invito, siguiendo su ejemplo, a estar siempre disponibles a los amorosos y misteriosos designios de Dios Padre.

A vosotros y a vuestros seres queridos imparto mi bendición apostólica, en prenda de la constante protección del Altísimo.